

Cuento tonto de hadas sin hadas

Paloma Bordons

Has de saber que hubo una vez, allá por el tiempo de los cuentos de hadas, un rey que reinaba en un Reino Remoto.

«¿Qué es Remoto?», me preguntarás.

Remoto es que está muy lejos de todo, y no empieces ya a interrumpir.

Aquel rey tenía tres hijos, porque por entonces todos los reyes tenían tres hijos: El mayor, el menor y el del medio. Para que nos entendamos mejor: Primogenio, Segundino y Benjamín. El rey y sus hijos moraban en un enorme castillo...

«¿Y la reina? —me preguntarás—. ¿Dónde estaba la reina?»

¿A mí que me cuentas? La historia no habla de ninguna reina. Las reinas de entonces sólo salían en los cuentos si eran muy malvadas y ésta sería que ni fu ni fa. A lo que íbamos: el rey y sus hijos moraban en un enorme castillo, rodeados por una multitud de cortesanos. Y todos ellos, ya fueran damas o caballeros, niños o niñas, nobles o menos nobles, diestros o zurdos, se deshacían en elogios sobre Benjamín:

—¡A fe mía que es lindo el chiquitín!

—¡El ojito derecho de su Real Papá!

—¡La esperanza del Reino!

Así decían mientras pellizcaban sin descanso sus sonrosadas mejillas y acariciaban sus dorados bucles. En cambio a Primogenio y a Segundino, ni mirarlos.

«¿Por qué? —me preguntarás—. ¿Es que Primogenio y Segundino no tenían mejillas sonrosadas y dorados bucles?»

¡Vaya si tenían! Pero en el tiempo en

que esto acaeció, los cuentos de hadas se llevaban más que los libros de Harry Potter. Y según dichos cuentos, cuando hay tres príncipes hermanos, los dos mayores deben ser malos, holgazanes, avariciosos, cobardes y con caspa. En cambio el pequeñín ha de ser el bueno, el valiente, el listo... el que acaba llevándose el gato al agua, vaya.

«¿Qué gato?», preguntarás.

Es sólo una forma de hablar, ignorante. Quiero decir que es el pequeñín quien acaba desencantando a la princesa, o matando al ogro o esos menesteres en que se ocupaban los príncipes de entonces. Eso lo tenían archisabido todos los cortesanos, así pues, ¿para qué iban a molestarse en saludar siquiera a los dos hijos mayores, que eran mala gente por definición? ¿Para qué perder el tiempo en hacerles la pelota si estaba escrito que el rey iba a ser el menorcito?

Primogenio y Segundino no eran malos chicos, sin ser tampoco buenos del todo, como te pasa a ti. Pero al verse despreciados sacaron a relucir lo peor de sus reales personitas y dieron en mortificar a su hermano. No bien quedaban a solas con él, se lanzaban a tirar de sus dorados bucles y a pellizcar con saña sus rosadas mejillas, a la par que chillaban con voz de falsete:

—¡Ay, qué lindo el chiquitín!

—¡El chiquirriquitín!

—¡La esperancita del reinito!

—¡El ojito derecho de su real paíto!

Benjamín huía de sus hermanos llorando de los sus ojos lágrimas gruesas como canicas, y la corte en pleno corría a consolarlo.

—¡No haga caso la esperanza del Reino a esos príncipes malos!

—¡Ya verán esos grandullones cuando crezca su Alteza!

A fuerza de caricias en su cabecita, Benjamín empezó a mostrar síntomas de calvicie prematura. A fuerza de oír que era la esperanza del reino, acabó por creérselo. Aunque no era un mal chico (ni bueno del todo, más o menos como tú), tornose consentido y soberbio.

Y así andaba la cosa cuando hete aquí que un buen día se presentó en el Castillo del Reino Remoto el Rey del Reino Vecino.

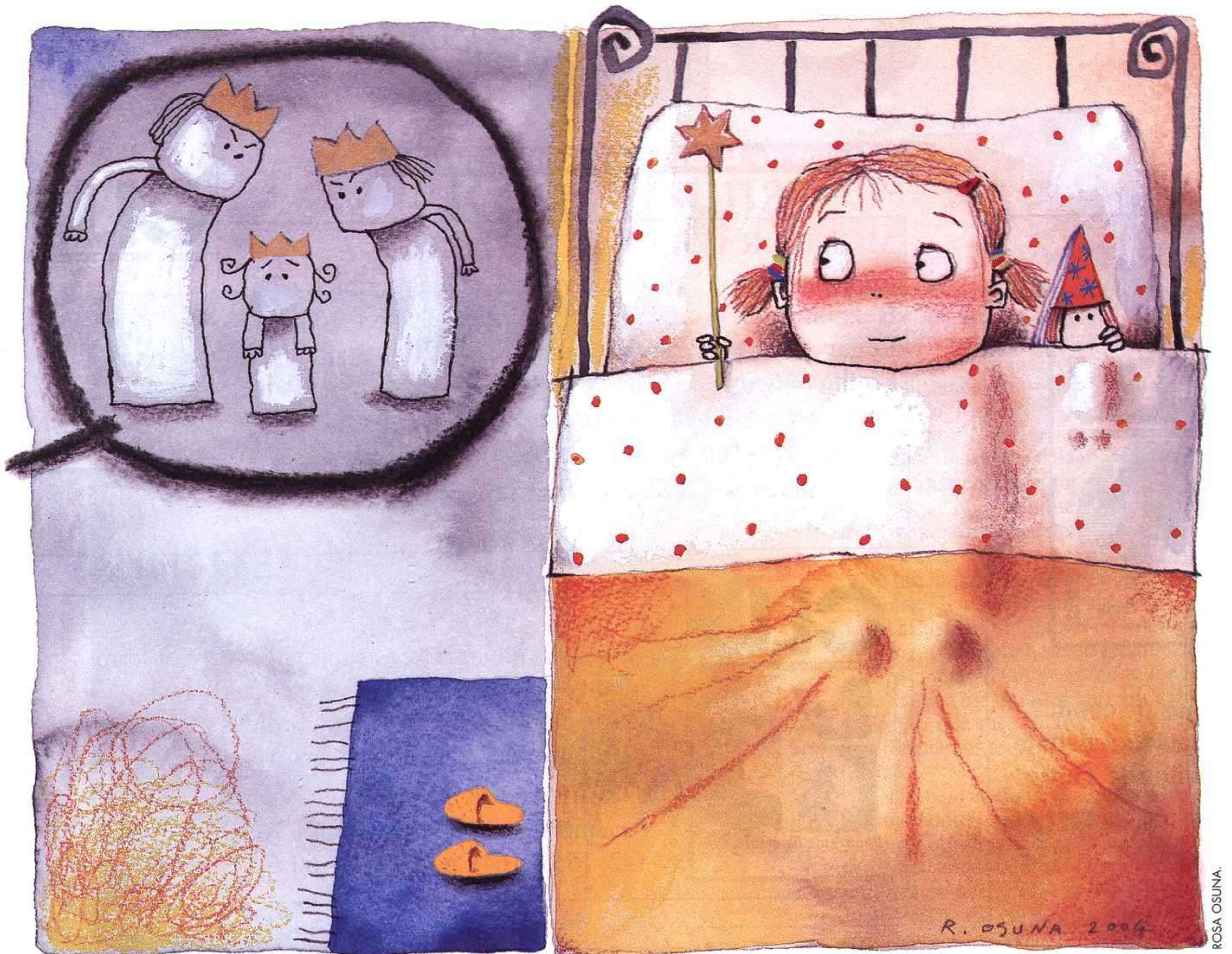
«¿Si los Reinos Remotos están lejos de todo, como pueden tener Reinos Vecinos?», me preguntarás.

Y será una buena pregunta, que te contestaré quizás en otra ocasión.

El Rey del Reino Vecino tenía una hija, como les pasaba entonces a los reyes que no tenían tres hijos, y abrigaba la intención de casarla con uno de los tres príncipes. Cuando se enteraron, Primogenio y Segundino no cupieron en sí de gozo.

«¿Qué no cupieron dónde de qué?», preguntarás.

Con gente como tú no hay quien escriba a la manera antigua. Quiero decir que se pusieron tan contentos que se les salía la alegría por las costuras. ¿Vale? Tanto



alborozo se debía... (¡Ni se te ocurra preguntarme por *alborozo!*) a que, según la tradición, el Rey del Reino Vecino debía hacer pasar a los tres hermanos por durísimas pruebas para decidir quién merecía la mano de su hija Merenguela.

—¡Ahora demostraremos nuestra valía! —exclamaron los dos hermanos, que llevaban años preparándose para ese momento, venga a galopar en briosos corceles, venga a repartir mandobles y a destripar dragones de paja.

¡Ay! bien poco duró su dicha... (*Dicha lo conocerás ¿no?*). En cuanto los habitantes del castillo supieron que había una princesa en juego, alzaron sus voces:

- ¡La princesa será para Benjamín!
- ¡Así ha de ser!
- ¡Vivirán felices y comerán perdices!
- ¡Y a vosotros no os darán porque no querrán!

—¡Ben-ja-mín! ¡Ben-ja-mín! —aclamaban, sacudiendo sus pañuelos de encaje (las damas) y sus estandartes (los caballeros).

Al Rey del Reino Vecino le venía al dedillo lo de saltarse las pruebas. Por razones que no vienen al caso, estaba impaciente por casar a su hija.

—Casemos pues a Benjamín y a Merenguela sin más dilación —propuso.

—Así sea —aprobó el Rey del Reino Remoto, aliviado, pues lo de las pruebas no dejaba de ser un engorro.

Primogenio y Segundino, ofuscados por el despecho, pusieron purgante en la tarta de bodas antes de irse para siempre galopando en sus briosos corceles. Con el tiempo se hicieron cabecillas de una banda criminal formada por príncipes discriminados y princesas incapaces de sentir un guisante bajo siete colchones. Pero ésa es otra historia.

El mismo día de la boda, Merenguela se dio cuenta de que el apuesto príncipe Benjamín era calvo, engreído y demasiado sonrosado, amén de fofo, pues nunca se había ejercitado como sus hermanos para superar duras pruebas principescas.

Benjamín notó que la sin par princesa Merenguela tenía cara de pekinés, mal aliento y peor genio, pero se guardó mucho de comunicar sus sospechas a nadie. La corte en pleno aseguraba que la princesa era un cielo. Los cuentos de hadas decían que la princesa tenía a la fuerza que ser un cielo. A lo mejor era de verdad un cielo y él estaba equivocado.

Casáronse pues, y no tuvieron más remedio que vivir felices y comer perdices todos los días de su vida para no romper la tradición.

Les salían las perdices por las orejas.